



Fernando Roberto Sibón
Argentina

Biografía:

Kirchnerista, de 62 años, fue Secretario de Cultura y Educación en el municipio neuquén. Es fanático de Gabo y Cortázar, admira a Chávez, a Fidel y Raúl a Lula y Dilma, a Correa y al genio de Evo. Es latinoamericano y comparte y reivindica la lucha de la Nación Mapuche. Vive en su territorio.

TERCER LUGAR

Yo lo vi

Yo lo vi al Coronel Aureliano Buendía entrar en Macondo descalzo, sucio de sangre y barro, con unos trapos que cubrían su cuerpo, con los brazos en jarra por los golondrinos que lo atormentaban día y noche. Y lo vi al coronel Gerineldo Márquez tras Aureliano, tan andrajoso y sucio como su amigo. Los dos por la calle principal, con todas las casas cerradas, las calles desiertas y las mujeres rezando en los oscuros dormitorios, vestidas de negro ante los inminentes fusilamientos de sus hijos dilectos, Aureliano, por darles esperanzas a un país con una revolución triunfante durante años y el coronel Gerineldo Márquez por ser el mejor gobernante de Macondo en todos los tiempos de ese pueblo caliente y húmedo. Sí los vi, y que no digan que eran esperados por multitudes. Nadie aclamaba a esos reos, innecesaria la guardia de doscientos soldados que los acompañaban. También la vi, a Úrsula, vestida de negro, sola, ciega y con las últimas lágrimas que acudían a sus ojos esperando a su hijo en medio de esa polvorienta calle. Si era necesario maldeciría a esa revolución ante todos y dejaría sus huesos con las hermanas Episcopales con lo que le restaba de vida en clausura. Ya lo había hablado Úrsula con José Arcadio sentada en la sillita baja frente al castaño del fondo de la casa donde permanecía atado y en espíritu, le conto dela guerra y de la captura de Aureliano, le hablo de la furia que llevaba adentro y del fusilamiento. En un momento hasta pensó que José Arcadio lloraba tibia y calladamente, sin levantar la cabeza, más muerto que nunca y nunca tan presente.

Ese terrible momento cuando los dos reos entraron a Macondo, todos en sus casas al mismo tiempo y como si fuera una orden subliminal tacharon ese día de los almanaques, nunca más sería recordado ni el día, ni el santo, ni el dolor inmenso que arrastraban todos por perder la esperanza revolucionaria y los vientos utópicos y románticos en que habían vivido.



Al frente de esos doscientos hombres de custodia se encontraba el General Moncada, alto y atlético pero cansado y del color de la tierra. No se distinguían insignias ni grado, solo polvo pegado de días y jaspeados por alguna llovizna, igualando a todos. Se detuvo a unos diez metros cuando vio a Úrsula, su comadre. La distinguió de lejos aún con la mantilla negra que le cubría la cabeza; sabía que esperaría a Aureliano vivo y a punto de ser fusilado. Moncada dio el alto a la tropa y se bajó del caballo, acomodó sus cartucheras y sacudió un poco de polvo de sus hombros recuperando así algo de su aspecto de tanto camino.

- Perdóneme comadre vengo a cumplir una orden del Estado. Prepare una buena cena para el reo y esta noche venga al comando a cenar con él. Será su última cena y no me llore que estamos terminando esta horrible guerra con más asco y con más muertes, pero se termina de una vez y para siempre.

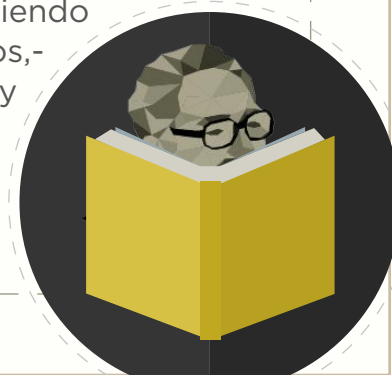
Úrsula bajo la cabeza, y sin decir palabra se retiró de la calle y dejó pasar a los custodios y los custodiados. No miró a su hijo, sabía que esa noche lo tendría para ella aunque fuese la última noche, aunque se le partiese el alma. Se fue a su cocina y comenzó a preparar carne molida y chicharrón de cerdo, aguacate y una arepa pequeña, arroz, una salsa y dos embutidos y cuando estuvo todo listo, se sentó a esperar la noche mirando por la ventana el paredón de la cárcel que asomaba por el final de la calle. La misma calle en que Melquiades arrastrara el pesado imán que atraía a su paso calderos y herramientas desde adentro de las casas y hasta desbaratando el gallinero de un vecino en un enjambre de alambres, plumas y picos y el gigante gitano que lo llevaba a los gritos anunciando esta y otras maravillas de los sabios alquimistas de Macedonia y dejando atónito a todo el pueblo.

Ese atardecer los soldados colocaron en un sombrero quien sería parte del pelotón de fusilamiento sabiendo que también sería su sentencia de muerte al que disparara contra el mítico Coronel. Úrsula llegó cuando el sol se ocultaba y dejaba un calor pegajoso en el atardecer triste de casas cerradas. Los centinelas de la puerta ya estaban avisados de la presencia de esa dama de completo luto, con susbártulos de la cena para el preso más importante de la guarnición. Ni intentaron revisar el bulto de comida; podría haber pasado un cañón de cien milímetros, pero no apareció un valiente que lo intentara. Uno de ellos la condujo a la entrada de los calabozos y le pidió que esperara un momento; el guardia entro al pasillo de barrotes y grito a los presos reclamando compostura por la entrada de una dama al recinto. Salió y abriendo la puerta de hierro hizo una inclinación de cabeza y la acompañó por un corredor de jaulas hasta la celda grande oscura y con olor a orines donde solo había una mesa y dos sillas. Le abrieron la puerta de ese rincón gris y triste. Entonces lo vio; estaba limpio, con un pantalón de tropa sin cinturón y con una camisa vieja pero impecable color arena, los ojos vidriosos y vivos, el pelo corto y peinado, recién afeitado con una media sonrisa y los brazos en jarra por los golondrinos.

- Ponte piedras calientes- le dijo Úrsula y apuró los dos pasos que los separaban para arrojarle a los brazos de su Aureliano- tenía que verte, les traje comida a ti y a Gerineldo -Se dio cuenta que era una bolsa de huesos, que tenía un profundo olor a tabaco y una fragancia a peluquería reciente.

- Estamos como queremos madre, esperando la mala hora, pero de pie y sabiendo que se hizo todo para cambiar este tormento de conservadores y sus negocios, - sus atropellos y sus ínfulas de superioridad, que no es otro que el del dinero y no hablo de monedas sino de gruesos billetes-

Úrsula bajó la voz y casi en un susurro le dijo - prométeme que cuando llegue la hora te acordarás de tu madre. Aureliano bajó la cabeza y asintió como



cuando niño, con los labios apretados y los ojos cerrados - maldita guerra infinita donde ya no pasa más nada sabiendo que los últimos años no luchamos más que por el poder, un poder de mierda entre miles de sepulturas y viudas seguido por pequeños ejércitos con más putas que soldados que no saben por qué luchan, si hasta un cura teníamos entre la tropa. No me extrañaría que la mitad de mis soldados sean conservadores - se sentaron uno frente a otro ante una pequeña mesa donde colocó dos platos y sirvió la abundante cena -

-¿y Gerineldo dónde está?, preguntó la madre.

- Supongo que en la comandancia, declarando y haciéndose cargo de sus crímenes. Según estos carniceros somos forajidos, no un ejército revolucionario -

Luego de un pequeño silencio en que su madre lo miraba con dulzura le dijo - ¿y qué podemos hacer Aureliano? ¿Cuál es el camino para desenredar este suplicio?

- Lo mismo que venimos haciendo hace más de veinte años madre, continuar luchando por lo que creemos, para no pasar más hambre y no tener que depender del humor y las miserables monedas de un terrateniente dueño de los ferrocarriles, las plantaciones de los puertos y los barcos, ni tener que vivir en el monte como animales, ser dueños de nuestro ganado y la tierra para poner comida en la mesa todos los días y poder ser libres de mirar las estrellas sin deberle nada a nadie y porque tenemos la razón y los cojones necesarios; luchar y seguir luchando hasta no quede ninguno de ellos o ninguno de nosotros. Yo dejo aquí mi osamenta pero me harán un mártir; ellos no tienen más que títeres y mandados, muertos de miedo porque unos zaparrastros como nosotros aparecen a cada rato en sus pesadillas y con eso ya me conformo madre - otra vez ese silencio entre los dos, sin tocar la frondosa cena en una comunión de quienes se aman, con un dolor en el pecho de esa madre que sabía que lo que decía era real aunque nunca llegaría a verlo y una furia ciega en el coronel que se había levantado y caminaba como cuando dictaba una proclama revolucionaria con la frente levantada y los pasos cortos. Tomó nuevamente asiento y cubrió la mano de su madre con la suya; una electricidad corrió por el cuerpo de Úrsula, nuevamente el silencio plácido y amoroso y poco a poco, empezaron a llorar suavemente y en silencio con una tristeza de despedida y de amor que llega hasta nuestros días.

Yo los vi, y en cada sueño los veo. Sueño Macondo, sueño calor y paredes a la cal y veo hormigas coloradas, y recuerdo que fue lo último que se llevó a toda la dinastía en el pueblo, menos al viejo atado al almendro del fondo de los Buendía.

